



**L**O de ayer fue una prueba de nervios para los 2.500 estudiantes que esperaban la nota de Selectividad. En principio todo iba a ser más rápido que el año anterior porque la Universidad adelantó en una hora la exposición pública de los resultados obtenidos por los alumnos, pero todo ocurrió al revés de lo previsto y el retraso fue mayúsculo. A las cinco de la tarde se dio el pistoletazo de salida a los alumnos para la búsqueda de la calificación y ocurrió lo que en teoría es entendible, pero que en la práctica se ve complicado que ocurra con los medios actuales: que las entradas masivas bloquearon el sitio web donde la Universidad de Salamanca colgó las calificaciones y hasta las 9 los estudiantes no tuvieron acceso a ellas. Después de los tres días de nervios de la semana pasada y de las angustiosas vísperas a la entrega de las notas, tocó ayer como regalo el no poder acceder a las calificaciones hasta cuatro horas más tarde de lo previsto.

La jornada que debieron de pasar los técnicos de la Universidad y los responsables de la Selectividad también debió de ser de las de enmarcar, con disculpas incluidas, conscientes del gran malestar.

Estas son las angustias que regala agarrarse sin freno a las nuevas tecnologías. Lo fiamos todo al ordenador y, a veces, como en este caso, convertirlo en la única llave supone cerrar la puerta. No es que ayer quisieran conocer la nota los alumnos que realizaron la prueba de Selectividad en el distrito de Salamanca durante la



## Lo fiamos todo al ordenador y a veces, como en esta Selectividad, convertirlo en la única llave supone cerrar la puerta

semana pasada, es que al importante número de estudiantes que se presentaron habría que sumar el de padres, amigos o familiares pendientes también de la calificación y volcados igualmente en conocerla cuanto antes con pantallas abiertas y el F9 a punto de echar humo.

Hasta que nos hicimos modernos y fiamos nuestra vida al ordenador, este problema no existía. El alumno podía conocer la nota de Selectividad a través del centro —que era donde acudía la mayoría porque sabía que era la forma de enterarse lo antes posible—, de la Universidad que ponía sus listas, e incluso del periódico, donde cada año se esperaba la doble página con los números de los aprobados,

como si fuera la lotería. Había quien hasta la guardaba de recuerdo en un *friquis-mo* inaudito. Incluso ya con la explosión de las páginas web, hasta hace un par de años el centro era el primero en conocer las calificaciones de los alumnos que estudiaron allí, por lo que la entrada en internet no era masiva.

El bloqueo no existía porque cada uno elegía la vía que más le convenía, sobre todo porque había caminos abiertos y se pensaba siempre en la probabilidad del fallo, posible hasta en un centro que presumiblemente aglutina a los más preparados en cada ámbito. Ayer, no se sabe bien porqué, no hubo un rápido plan B.

Queda al menos un septiembre y otro año más para vivir pruebas de Selectividad. Después no se sabe si esta prueba seguirá siendo la única

que abrirá o cerrará las puertas de las facultades soñadas por los alumnos. Eso sí, el planteamiento de supresión de la Selectividad viene desde el 2001, cuando ya la entonces ministra Pilar del Castillo planteó que fuera cada facultad la que elaborara sus pruebas de acceso, como ahora Traducción, por lo que es una aventura poner fecha al cambio si al final lo hay.

Ayer fue un día largo y luego vino lo del final feliz —especialmente para Tere-sianas, con la mejor nota— o no. Se pasaron demasiados nervios después de tantas miradas a la rana, visitas a iglesias y velas a santos. Los estudiantes se aferran con ilusión y ganas a un futuro que no se quieren perder.